

El hedonismo como meta en La Celestina

Valquiria Wey

2º año de Letras Españolas Fac. de Filosofía



Fea y carcomida, la vieja Celestina, ansiosa e incansablemente, siente y transmite el goce de la existencia, hasta transformarlo en programa y finalidad en sí. El amor y el dinero son los principales objetivos en su labor de catequizadora hedonista. El amor lo "obra la natura y natura ordenóla Dios y Dios no hizo cosa mala", a lo que Aristipo, el Cirenaico, respondería que lo bueno coincide con lo agradable o con el placer, lo malo con lo desagradable o el dolor. La correspondencia de estos enunciados en lo que ambos quieren decir, es evidente. Es esta traslación de los valores cristianos medievales contenidos en un enunciado de astuta ambivalencia, el cambio en el modo de vida propuesto en *La Celestina* que no llega a plasmarse en España. Para una obra que todavía bordea la Edad Media, esa vuelta completa sobre los ejes debe hacerse tratando de guardar las apariencias; de allí el carácter de sofisma que cada tanto aparece en la argumentación de la vieja; de allí que, una vez percibida la trampa en el mecanismo razonador del personaje, llega a transformarse en una verdadera prédica del mal, en una nueva sabiduría. Así lo entendió la Inquisición cuando cortó la frase arriba citada, en 1640.

"Gocémonos y aprovechémonos", dice Celestina, y "el placer no comunicado no es placer", dirá Pármeno. Todo un programa hedonista, toda una filosofía que quiso transformarse en una manera de vivir. Éste es, tal vez, el porqué de la coincidencia con la escuela de Cirene; es decir, Rojas y Aristipo trabajaron ambos sobre la práctica de la vida.

Los textos dejados por el griego dicen que "el placer efectivo está en el movimiento en acto y no en su imagen mental", que ese mismo placer hay que buscarlo no en el pasado ni en el futuro, pero en el presente; "el uno ya está destruido y el otro no sé si existirá alguna vez".

Los personajes de Rojas son todos dramáticamente muy ricos como para no crear y recrear continuamente y con alta calidad poética la imagen del placer. Llega esta labor mental, por ejemplo, a un intenso clima erótico cuando Calixto poseedor del cordón de Melibea está a punto de corporizarlo en su imaginación. Sin embargo, no es mera imagen mental en cuanto no permanece como tal. Hay urgencia en la concretización del amor, en recibir el dinero, en que se reconozca la fama y el orgullo del oficio. Y todo se cumple.

Es un mundo cruelmente competitivo el de *La Celestina*, donde "a quien dices el secreto das tu libertad", donde unos y otros aprovechan mutuamente sus dolores y debilidades. La única posibilidad de comunicación, lo dice Celestina y luego Pármeno, está en el placer. Se transforma éste, pues, en la tregua, en un mundo de agresión y rapiña; la tregua por excelencia, es el amor, en tanto amor plenamente realizado.

"Calixto arde en amores de Melibea"; de allí podemos partir para el análisis de esa relación amorosa. Los personajes de Rojas son seres estrechamente ligados a la realidad, a una realidad percibida en forma inmediata por la razón, y todos los estados emotivos nacen de la adherencia de esa realidad evidente. Si el cristianismo, según Nietzsche, representó la inversión y negación de los valores reales del hombre, *La Celestina* puede ser, en todo caso, la reinversión de esos mismos valores; e indudablemente es una obra profundamente vitalista, en el sentido nietzscheano. Ésa es la razón por la cual Calixto, en medio de su extravío amoroso, no duda un solo momento en que el alivio de sus "quexas" está, sin más ni menos, en la posesión de Melibea.

Sin embargo, hay una sutil gradación en la imagen que de Melibea tiene Calixto. La descripción que de ella hace a Sempronio al comienzo de la obra, es mucho más sensual que erótica. Hay demasiada insistencia en el dibujo de la figura, en la disposición artística de los rasgos de la joven, en el color nítido de ojos y cabellos que redondean la imagen plástica, como para que sea predominantemente una mujer vista con los sentidos, pero sin erotismo. Esta imagen, pagana en su sensualidad, es un importante elemento de pura cepa renacentista, aunque la idealización que de ella se hace pueda parecernos medieval.

El principal objetivo hedonista de la obra es el amor. Así lo cree Celestina, así lo busca Calixto, de que así es se da cuenta Pármeno; pero quien con más sentido trágico va a vivirlo es Melibea.

Dícele Lucrecia: "Pero pues ya no tiene tu merced otro medio sino morir o amar". No es una simple circunstancia la que arrastra a Melibea; ella actúa a plena conciencia, llevada por una concepción fatalista de los acontecimientos, que la hace pasar por encima de los cánones de la época. Por otro lado, hay en ella una certidumbre que le viene de su propio impulso, como querría Simone de Beauvoir. La misma autora, podría referirse también a Melibea cuando dice que, sean cuales fueren " los riesgos de catástrofes futuras y nuestra debilidad individual en el seno de la colectividad inmensa, nos queda el hecho de que ahora somos libres, y absolutamente, si elegimos querer nuestra existencia en su finitud".

"En mi cordón le llevaste envuelta la posesión de mi libertad". En esto consiste la elección de Melibea. No se trata aquí de la libertad que menciona Areusa, cuando da sus razones por las cuales nunca quiso someterse a patrona alguna; es una reafirmación de la individualidad que marca el inicio del Renacimiento, y que alcanza a la filosofía existencial. Es la elección entre la libertad según los cánones de la época por otra libertad, de llevar un acto originado por un impulso que se cree verdadero hasta sus últimas consecuencias. Podríamos recoger aquí, y pensando aún en Melibea, la frase de Aristipo, antes mencionada, que se refiere al presente como único momento posible del placer: "¿Cómo no gocé del gozo?", dirá Melibea después de muerto Calixto.

Pero, no olvidemos que *La Celestina* está ubicada en el cruce de la Edad Media con el Renacimiento, y que lo que pueda tener del uno puede tener del otro. "La exteriorización y el cumplimiento del deseo que parecen inasequibles, son reemplazados y superados por la heroicidad por amor. Por eso se plantea enseguida la muerte como alternativa del cumplimiento, asegurándose por ambas partes, digámoslo así, la satisfacción", dice Huizinga. Ésta puede ser otra explicación de la actitud de los personajes, y, por qué no, las dos pueden ser igualmente válidas.

A esto, Celestina actúa como si todo lo antes expuesto estuviese sobreentendido en ella. Fue de joven la gran gozadora del momento presente y, como Melibea, sin tampoco haberle rehuído nunca a ese momento es también capaz de decir: "Goza vuestras frescas mocedades, que quien tiempo tiene y mejor le espera, tiempo viene que se arrepiente. Como yo hago agora por algunas horas que dexé perder cuando moza, cuando me preciaban, cuando me querían". Esa enorme capacidad de placer hace que, aún vieja, tenga ese poder de transferir a sí el placer de los demás. Desde ese punto de vista tiene Celestina, más que el papel de mediadora en amores, de inductora, de divulgadora del placer.

El gran inducido en la obra es, tal vez, Pármeno. Y en el caso de los criados se introduce otro elemento hedonista: el dinero. No es éste un instrumento directo del placer; en este ambiente renacentista es un elemento indispensable para la plenitud en el goce de la vida. Lo que consiguió el dinero, no fue fabricar la belleza de Melibea, bien lo sabe Areusa, pero sí idealizarla ante los ojos de todos, hasta de Sempronio. Se supone que *El Cortesano* de Castiglione, es hombre de fortuna, y que ésta es la condición "sine qua non" del gentilhomme. No es otra la diferencia entre amos y criados lo que rencorosamente da a entender también Areusa: "que al fin todos somos hijos de Adán y Eva".

Es *La Celestina*, incuestionablemente, un libro hedonista. Que el placer propuesto en ese hedonismo es un fin en sí, pueden demostrarlo Calixto y Melibea. La muerte pierde entonces parte de su posible significado. No representa ya una punición por la alteración del orden en los valores tradicionales, pero sí una conclusión lógica, casi como reafirmación de la actitud independiente de los amantes.

Pero no dejemos totalmente de lado la idea de la muerte como castigo, no olvidemos que la tragicomedia fue escrita "en reprehensión de locos enamora-

dos". "No hay época que haya impreso en todo el mundo la imagen de la muerte con tan continuada insistencia como el siglo xv", dice Huizinga. Estos factores se juntaron, y así, sinceramente, lo creyó la Inquisición.

Puede haber una tercera opinión, la de Celestina, la mágica. La hacedora del placer, invocando a las fuerzas infernales, puede dar Elicia a Sempronio, Areusa a Pármeno, Melibea a Calixto, y lo hace en cuanto puede revivir en el goce de los otros el suyo propio, y, reinvocando a las mismas fuerzas subterráneas, interrumpirlo con la muerte.



Bibliografía

Fernando de Rojas. *La Celestina*.
Colección "Nuestros Clásicos", núm. 27
Edición de la UNAM. México, 1964.

J. Huizinga. *El otoño de la Edad Media*.
Revista de Occidente, 5ª edición.
Madrid, 1961.

Rodolfo Mondolfo. *El pensamiento antiguo*, tomo I.
Editorial Losada.
Buenos Aires, 1956.

Simone de Beauvoir. *Para una moral de la ambigüedad*.
Editorial Schapire. Buenos Aires.